

III

En una excursión.

La señorita de Corbiere parecía más serena después de su entrevista con la duquesa y el señor de Sauves.

En adelante era libre, y á juzgar por su cara animada y francamente alegre, el mismo marqués debía experimentar esa satisfacción íntima que proporcionan las situaciones claras.

Por otra parte, sus afirmaciones recíprocas habían sido sinceras.

Cuando Fernanda decía al marqués: «Os querré como á un hermano», expresaba el fiel sentimiento de su corazón. Cuando de Sauves la contestaba: «Seréis una hermana para mí», estaba bien resuelto á cumplir lealmente su promesa.

Tal vez guardase en el fondo del alma un sentimiento de otro género por aquella hermosa y noble criatura que él había deseado con verdadera pasión, pero esta pasión, en lugar de exasperarse por dilaciones y negativas, se había, poco á poco apagado, ó más bien fundido en la tierna amistad que el marqués y Fernanda se habían profesado siempre.

A partir del día en que se instaló en el hotel de la Metrópoli, uno de los mejores de Interlaken, donde los hay excelentes, se mostró lo más complaciente del mundo con los habitantes de la villa de las Nieves y se convirtió

en el organizador de sus excursiones y de sus distracciones.

El era quien las acompañaba en el paseo de los Nogales, quien las escoltaba al Casino quien hacía de piloto en sus travesía por los lagos, en fin por todas partes á donde su capricho las conducía.

Todas las noches, al comer con sus amigas de la villa, las sometía un programa para el día siguiente, y este programa estaba siempre formado en razón del aumento de fuerzas de la convaleciente, que volvían con una rapidez asombrosa.

Quince días después de la llegada de la duquesa á Interlaken, una admirable mañana de setiembre, á cosa de las nueve, entró el marqués de Sauves en la villa de las Nieves, con cara alegre, una florecita en el hojal, el bigote retorcido y con aires de conquistador nada ferroz, sí no bueno y complaciente.

La doncella de la duquesa le recibió con una sonrisa familiar en la que se veía, sin embargo, la deferencia necesaria de parte de una criada para un amigo de su ama.

—¿Ya en pié, señor marqués?—le dijo.

—¡Ya lo creo!...—levantado desde el alba...

Tal como me veis, he hecho ya una excursión de diez kilómetros en barco, y he dado un paseo por los nogales... Es preciso no perder el tiempo en este hermoso país... Hay muchas cosas que ver... ¿Y las señoras?

La doncella se sonrió.

—¿Por cual de ellas queréis que empiece?

—dijo con malicia.

—Por la que queráis.

—¿Por el ama, entonces?

—Me parece que es lo más natural—observó de Sauves.

—La señora duquesa está un poco cansada de su paseo de ayer al... ¿cómo decís eso, señor marqués?

—¿Al Rugen?

—Justamente...

—No es desagradable, sin embargo, esa pequeña excursión al través de un parque soberbio, con diez descansos en los colmados ó en los bancos que esos buenos suizos han colocado por todas partes, para comodidad de los paseantes, en la Trénkhalle, en Tanzboden y últimamente en Kasthoferstein, que el diablo lleve con sus malditos nombres que nos echan á perder la garganta, y casi todo el tiempo en coche.

Y como la duquesa aparecía en la ventana, de la que la doncella se retiraba para ceder el puesto á su señora:

—¡Uí!—hizo el joven.—¿Creéis que tengo memoria?

—¡Excelente, amigo mío!

—¡Es decir que, dentro de uno ó dos meses, sería capaz de servir de guía á todas las caravanas de la vieja Inglaterra!

—¿Qué hacemos hoy?—preguntó la duquesa de Reville.

—Lo que queráis.

—¿Tendréis algún proyecto en la cabeza?

—Seguramente; aun me atrevo á decir que es el que he imaginado de más fácil realización.

—¿Y es?

—Una simple excursión á Lauterbrunnen, ó fuente pura, como queráis, y la cascada de Stanbbach, que significa arroyo polvo! Trescientos metros de altura.

—¿Cómo iremos?

—Hay ferrocarril. Pero creo que sería más sencillo tomar un coche. Nuestro carruaje rojo con sus cuatro caballos.

—¿Cuánto tiempo necesitaremos?

—Estaremos de vuelta á la hora de comer.

—¿Saliendo?...

—Os doy tres cuartos de hora para vuestros preparativos... Almorzaremos á las doce... en Lanterbrunnen... ¿Os conviene eso?

—Perfectamente.

Dos cabezas se mostraron á los lados de la de la señora de Reville.

El marqués las saludó con una sonrisa.

—Os he arreglado una pequeña partida que me valdrá las gracias—dijo con el tono del hombre contento de sí mismo.

—¿A dónde vamos?—preguntó Fernanda.

—A Lauterbrunnen... Doce kilómetros. ¡Un camino soberbio!... Un coche excelente... Un postillón con uniforme... Cuatro caballos.

—¿Y salimos?

—Cuando deis la señal.

—La doy—dijo Fernanda.

Estaba todavía un poco triste: se veía en ella un fondo de melancolía que no podía dominar, pero esta melancolía no era ya desgarradora como la de los primeros tiempos de su estancia en Interlaken.

El mal estar disminuía.

Teresa había ido á dar la última mano á su tocado, bien sencillo, negro como el de la mayor parte de las institutrices y de las señoritas de compañía, y que por otra parte convenía tanto á su luto como á su condición.

Pero el negro y la sencillez sientan bien á jóvenes y frescos rostros.

El marqués de Sauves se lo había dicho veinte veces á Teresa.

Así es que ella quería aquel negro que gustaba á su joven salvador.

Cuando Fernanda de Corbiere volvió á presentarse, no fué ya en el primer piso sino en la planta baja, en el perron, tendiendo las dos manos al alegre factotum.

Los caballos hacían ya sonar sus cascabeles del lado de la avenida de los Nogales que atravesaban para llegar á la villa de las Nieves.

Fernanda dijo al marqués;

—¿Vamos á Lauterbrunnen?

—Sí.

—¿De qué lado está eso?

El marqués extendió la mano hacia el Sur.

—Por allí—dijo.

—¿Y Lucerna?

—¡Oh! Lucerna es otra cuestión.

Extendió la mano hacia el noroeste.

—Lucerna está por allí—dijo.—¿Por qué me lo preguntáis?

—Quisiera ir allí...

—¿Para?

—A causa de un recuerdo que tengo.

—¡Ah! ¡sí! por el piano.

—Justamente.

—Es un poco lejos, pero nada imposible.

—¿Entonces, iremos?

—Cuando queráis.

—Pues bien, cuanto ántes mejor.

Se inclinó hacia él y en tono confidencial le dijo.

—Haced que vayamos, Huberto, pero sin decir á nadie que yo os lo he suplicado... Os lo agradeceré mucho.

La duquesa y Teresa llegaban al perrón.

De Sauves estrechó la mano de la señorita de Corbiere y dijo muy bajo:

—Comprendido... ¡Contad conmigo!

Cinco minutos después, los cuatro caballos salían por el camino de Lanterbrunnen al compás de sus cascabeles y del latigo del postillón, llevando al marqués, la duquesa, Teresa, Fernanda y las dos doncellas.

El carruaje, al salir de Interlaken, tomó al trote de sus cuatro caballos un llano sembrado de villas y de casas de labradores y jardineros, todas coquetas, limpias como interiores holandeses, con plantas trepadoras; flores y grupos de árboles arrojados acá y allá, al azar tal vez, y del más pintoresco efecto.

La pequeña caravana se entregaba al placer de una excursión fácil y sin fatiga.

El marqués, que iba muy alegre, sentado enfrente de la señorita de compañía, preguntó á esta tan luego como llegaron á la sombra de un bosque de pinos.

—¿Habéis traído vuestro álbum Teresa?

—Ya sabéis que nunca me abandona.

—¿Qué habéis hecho de nuevo?

—Nada.

—Dejádmelo.

La artista sacó del bolsillo un cuadernito y se lo entregó al joven, que lo hojeó en seguida.

—¡Oh! sí—dijo.—Ved, duquesa.

El album había sido enriquecido por una media docena de croquis de cabezas más ó menos grotescas, dibujadas con una gracia de primer orden.

Eran las de ^{los}touristas encontrados en el casino ó en el paseo de los Nogales y tomadas del natural.

Y en todas las hojas, de todas clases y posturas, había siluetas de hombres y de animales, de casas, de árboles, de montañas y de valles, suficientes para ilustrar un viaje por Suiza.

Fernanda sonrió á Teresa.

—Sois muy feliz en tener una habilidad semejante—la dijo—Es una distracción preciosa.

—Sí,—contestó la joven suspirando—ayuda á olvidar.

—Vamos, no nos enternezcamos—dijo el marqués—Gozad del espectáculo que se ofrece.

Era magnífico.

El carruaje atravesó arroyos, aldeas de nombres raros, pasó al pie de picos gigantescos, de los que cada uno tenía sus títulos de nobleza, la Rothenfluch, la Suloyg, el Wetterhorn y otros.

Y por fin á las doce y media, con retraso de algunos minutos, operó su entrada en la boni-

ta aldea de Santerbrunneen, cuyas casas se esparcen en el fondo de un valle de un cuarto de legua de ancho y bordeado de rocas de una altura horrible, á pico, de donde se precipitan una infinidad de arroyuelos para ir á perderse en el lecho del rio que conserva en el fondo de sus gargantas un verdor intenso y una frescura casi constantes.

El marqués se encargó del oficio de furriel y ordenó el almuerzo al dueño del hotel Steinbock, mientras que la duquesa y su séquito paseaba por delante de los puestos de juguetes de madera, único comercio de los montañeses de Lanterbrunnen y sus alrededores.

Teresa, sentada en la barandilla de un puente rústico, hacia el croquis de aquel paisaje extraordinario, como la mayor parte de los que se encuentran á cada paso en aquel país de mil sorpresas.

La duquesa, que marchaba lentamente al lado de Fernanda, la preguntó con cariño:

—¿Y bien, hija mía, cómo os encontráis?

—¡Mejor!

En efecto, los colores de la salud volvian rápidamente á aquel rostro tan gracioso y tan atrayente.

—¿Luego, va bien?

Fernanda se inclinó.

Y acercándose á Teresa:

—¿Tenéis noticias de vuestros hermanos?—la preguntó.

—Ya hace días que no las recibo.

—Yo las he recibido esta mañana... buenas.

—¡Ah!

—El señor Letanneur ha visto al ministro.

—¿Por Juan?

—Sí, por ese pobre Juan.

—¿Y?...

—El ministro se ha mostrado muy bondadoso; ha prometido ocuparse activamente del asunto, dar su dictamen favorable.

—¿No es él el dueño?...

—No es él solo... Tienen que informar en el negociado correspondiente... Pero lo conseguiremos aunque tenga yo que ir á ver al presidente en persona... ¡Tengamos esperanza!

—¡Dios os oiga!

La duquesa cambió el rumbo de la conversación.

—¡Es muy bonito lo que estáis haciendo!

¿Sabéis que tenéis una fortuna en los dedos?

—Felizmente no la necesitará—afirmó Fernanda.

Iba á decirlo todo.

La duquesa la tocó el brazo.

—Todavía no—ordenó en voz baja.

—¿Por qué?

—Ya lo sabréis.

—¿Cuándo?

—Muy pronto. Tal vez esta noche. ¡Silencio.

Y añadió con tono misterioso:

—Dejadla la alegría de ser amada por ella misma.

—¡Ah!—dijo estremeciéndose la señorita de Corbiere.

Teresa, ocupada de su paisaje, no había notado la misteriosa recomendación de la duquesa á Fernanda.

Su espíritu estaba en otra parte.

Los cuidados del marqués de Sauves, sus atenciones, la dulzura de sus ojos cuando se encontraban con los de ella, la habían llamado la atención.

Desde hacía algunos días, sobre todo, se sentía turbada por el presentimiento de instancias cuyo objeto temía comprender.

Evitaba encontrarse sola con su salvador, á quien, sin embargo, estaba tan obligada, y tal vez fuese su propia debilidad lo que más temía en la explicación que creía inevitable entre ellos.

El almuerzo se pasó lo más alegremente del mundo.

Después fueron á hacer una visita á la célebre cascada de Stanbbach, cuyas aguas se convierten en polvo luminoso al caer de una altura de trescientos metros y se esparcen en nubes sobre las praderas cercanas, á merced del viento, formando innumerables arcos iris del más pintoresco efecto.

Ante aquel hermoso espectáculo, la caravana lanzó un grito de admiración.

—Hay otra mucho más bonita—dijo de pronto el marqués.

—¿En dónde?

—Cerca de aquí.

—¿Se llama?

Fingió haberlo olvidado.

Consultó su guía y dijo:

—Trümmelbach. Es mucho más imponente.

—¿Creeis vos?

—Estoy seguro de ello.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Todo el mundo.

—¿Está lejos?—preguntó la condesa.

—Muy cerca de aquí.

—¿Pero cuánto?

—Una hora, ida y vuelta, con buenos mulos. ¿Quién quiere venir?

—Yo no—declaró la condesa, haciendo una seña de inteligencia á la señorita de Corbiere.

—Ni yo—repitió Fernanda.—No tendré fuerzas para llegar.

El marqués se volvió hacia Teresa,

—¿Tendréis la crueldad de dejarme subir solo?—suplicó.

La joven consultó á la señora de Reville con una mirada.

—Si el corazón os lo dice, id, querida.

¿Podía negarse decentemente?

—Id—repitió Fernanda, insistiendo.

Teresa vaciló todavía.

Una palabra del marqués la decidió.

—Os lo suplico—la dijo de manera que nadie más que ella pudiera oírlo.

—Sea, puesto que todo el mundo lo quiere—dijo ella.

La señora de Reville se pellizcaba los labios.

La parecía llegado el momento psicológico de las declaraciones.

—Nosotras os esperamos aquí—dijo.

Fernanda y la duquesa vieron al marqués y á su compañera de excursión encaramarse sobre los mulos, precedidos de un guía que hacia chasquear su látigo.

Los tres desaparecieron por un sendero que iba á parar á las costas rocosas que cierran al Levante el valle de Lanterbrunnen.

Teresa tenía el corazón oprimido al subir aquella pendiente abrupta sobre el lomo de un mulo que seguía á pocos pasos al del marqués, el que marchaba sobre las huellas de la cabalgadura del guía.

Comprendía cómo la duquesa le había insinuado con una mirada á la señorita de Corbiere que la hora de las explicaciones decisivas acababa de sonar.

¿Qué iba á decir ella á aquel hombre á quien se había acostumbrado á considerar como el mejor y el más cariñoso de los amigos?

A esta pregunta un pliegue amargo crispó sus labios.

Sin duda estaba condenada á oír confesiones que ponían fin al periodo de tranquilidad que le parecía tan delicioso al salir de los caminos de traviesa porque había tenido que pasar desde que había abandonado la Boca del Lobo.

¿Se renovaría la escena odiosa ocurrida la noche de la calle de Rivoli?

No, sin duda, con las mismas formas y la misma violencia.

La boca del marqués ignoraba las brutalidades á que la del antiguo patrón de la desgraciada cajera estaba acostumbrada.

¿Pero qué importaban las palabras si el fondo era el mismo?

Veía, temblando, que se aproximaban al sitio objeto de su excursión.

La pequeña comitiva no tardó en llegar á él.

Muy pronto se encontraron el marqués y su compañera en frente de una cascada como no se ve en toda la Francia, donde los sitios salvajes son raros y permanecen tal como la naturaleza los ha hecho cuando, por casualidad, se encuentran.

Los tres jinetes se pararon á la entrada de una garganta por la que el Trümmelbach, un torrente impetuoso, salía de las neveras de Jungfran, se precipita de una altura enorme en un vasto pilón de piedra que los siglos han abierto.

El efecto era incomparable y espléndido.

Esto es una palabra que se ve uno obligado á repetir á cada instante en un viaje por Suiza.

El marqués entregó la brida de su mulo al guía, diciéndole:

—Nos esperareis aquí.

Y cogiendo á la joven por el talle la levantó de la silla y la depositó en tierra.

Después subieron juntos la escalera que conduce á la plataforma, desde donde se puede admirar aquel panorama sin rival en su género.

En aquel sitio salvaje no se ha olvidado nada para la seguridad y la comodidad del turista: ni barandillas, ni rampas, ni descansos.

El marqués se detuvo á medio camino.

Bajo un grupo de pinos se ofrecía un banco á los raros paseantes que había por allí aquella tarde.

—Detengámonos aquí—dijo el marqués tarareando.—El aspecto de estas montañas de

embriaguez y de placer hace estremecer mi corazón.

Y de pronto cesó de cantar.

Aquella reminiscencia del chalet evocaba en él el recuerdo de la catástrofe tan reciente de la Opera Cómica.

Cogió á Teresa de la mano y la atrajo hacia el banco.

Desde lo alto de la plataforma, apoyados en el balaustre que la protege, algunos paseantes contemplaban el espectáculo que tenían ante sus ojos, la Jungfran, con su deslumbradora blancura y su majestad sin rival, envuelta por sus velos de nieve, de donde las avalanchas ruedan al fondo de los precipicios, y la cascada irisada por los rayos del sol, que se lanzaba en el vacío con un ruido de trueno.

Pero aquellos paseantes no molestaban al marqués.

Estaban demasiado lejos para oírle.

—Teresa—comenzó,—si os he traído aquí, no ha sido para admirar la cascada, soberbia, sin embargo; es para estar cerca de vos, solos como estamos en este momento, libres para poder hablar con el corazón en la mano. Hace mucho tiempo que me ahoga mi secreto... Es preciso que conozcáis mis sentimientos por vos. Con una sola palabra os diré todo: ¡Os amo!

—¿Vos?—exclamó Teresa.

—¡Con toda mi alma!

La joven cubrió el rostro con las manos y murmuró:

—¡Es la desgracia que más temía en el mundo!

- ¿Una desgracia decís?
 —Tenía un amigo y lo perderé.
 —Ese amigo ¿quién es?
 —¿No me habeis comprendido?

El marqués se mordió los labios quedándose un momento pensativo.

Y de pronto exclamó:

—Teresa, ¿qué suponeis que he querido decir?

La joven contestó tristemente:

—Lo que se dice á las mujeres por quienes no se siente más que un deseo mezclado de desprecio...

—¿Me creeis capaz?

Teresa interrumpió con viveza:

—No es á vos á quien acuso, es á mí—dijo.

—¿No os he dado derecho á obrar como lo habeis? Cuando miro atrás me avergüenzo de mí misma... Cometí una falta cuyas consecuencias durarán tanto como mi vida. ¡No hay juez más severo para mí que mi propia conciencia! El pasado es inolvidable, el porvenir me espanta. Causa de tantas desgracias, me digo que la tranquilidad de que gozo, gracias á vos, no está hecha para mí, y en cuanto estoy sola, principio á pensar en que ya ha durado demasiado... Vos acabais de confirmar mis temores... Lo que debía ocurrir ocurre... Yo no os quiero mal...

Se paró sofocada por su emoción.

Al cabo de un instante murmuró:

—¡Y sin embargo, estaba tan bien así!

—¿De modo que me rechazais?

—¿Qué pensaríais de mí, si culpable ya de

una falta, si después de una caída como la mía, cediese á vuestras súplicas, deshonrándome con una nueva debilidad?... ¿Qué pensaría la duquesa, tan buena y tan indulgente?... ¿Qué pensaría, en fin, la señorita de Corbiere?

—Fernanda ha declinado el honor de llevar mi nombre—declaró el marqués con viveza.

—Me ha devuelto mi libertad. Nuestras conferencias han concluido. No quiere ser para mí más que una hermana. La duquesa, de cuya mediación me he valido, puede atestiguarlo...

—¡Eh! ¿qué importa?—exclamó la joven.

—¿La señorita de Corbiere podía llamarse la marquesa de Sauves?... ¿Qué hombre de honor daría su nombre á la querida de otro... á una muchacha tan tristemente comprometida como yo?

—¿Creeis que eso sería imposible?

Teresa por la primera vez desde el principio de su conversación, se atrevió á levantar los ojos hacia el marqués.

De Sauves sonreía.

Su cara tenía una expresión indecible de maliciosa bondad.

Gozaba al ver el apuro, el azoramiento de su protegida.

—¿De modo que yo os doy pena?—dijo tratando de coger una mano, que Teresa retiró dulcemente.

—¡Muy grande!

—No era esa mi intención, os lo aseguro.

—¿Qué prueba de desdén más sensible po-

diais darme que la declaración de un amor como el vuestro?

—Yo no lo creo así—contestó el marqués con estudiada indiferencia.

—Si yo fuera de esas con quienes un hombre como vos, haciendo un sacrificio, puede casarse, podría conservar alguna ilusión; pero sabéis bien que no es así... Os lo suplico, no prolonguéis mi suplicio.

Las lágrimas asomaban á los ojos de la pobre Teresa.

Se sentía demasiado débil enfrente de aquel amigo, hacia el que la arrastraba su corazón.

Quiso levantarse.

El señor de Sauves la retuvo con violencia, se apoderó á la fuerza de sus dos manos y la atrajo hacia él, confusa y temblorosa.

—No, querida criatura—dijo en una explosión de alegría.—Vos no sabéis que es imposible no amaros... Os he dejado hablar... ¿Pero yo despreciaros?... ¿yo desdeñaros, porque entregada á vos misma, en vuestro aislamiento, habíais, amado á un ser adorable, seductor?... Yo le conocía... ¡Rolando de Corbiere era casi un hermano mío! ¡Vamos, no lloréis así!... ¿Yo, quereros mal por una debilidad que solo un milagro hubiera podido impedir?... ¡Ah! ¡cómo os engañáis!... ¿Yo, trataros como á una de esas mujeres que después de la primera falta, siguen una serie de caídas más degradantes las unas que las otras?... ¡Ah! ¡cómo os despreciáis y cómo juzgáis mal el sentimiento que me habéis inspirado!... Os he hecho algún favor... Vos me habéis prestado uno muy

grande, el de curarme de la pasión que yo tenía por otra, digna de estimación y de amor también.

»Pasión inútil, puesto que la señorita de Corbiere tiene el corazón y el alma llenos por una quimera que ignoro, pero que no puede ser sino noble y generosa. Esta pasión que os confieso, porque no quiero que ni un solo rincón de mi corazón os sea desconocido, me hubiera ocasionado grandes disgustos. Me habeis curado de ella. ¡Teresa, mi querida Teresa! una voz secreta me ha dicho que seríais mi consuelo como yo he sido vuestra salvación. A partir de ese momento, he comenzado á amaros...

El marqués se interrumpió.

Hasta entonces se había expresado con un ardor que hubiese enternecido á una roca.

Ahora empezó en tono jocoso:

—¿Qué es lo que digo? Mi inclinación por vos se remonta aun más lejos... Sentí esa corriente de simpatía desde el momento en que os ví en la estación Montparnasse... Ya sabeis, con vuestro trajecito de modista que va de campo... ¡Si supieseis que hermosa estabais! ¿Y en Rambouillet? ¿Y en el bosque cuando aquel imbecil de guarda?... Estad tranquila... Le despediremos.

Se interrumpió de nuevo, y atrayendo á la joven hacia su pecho, sin que ella tuviera fuerzas para defenderse.

—En fin, ¿para qué tanto hablar?—dijo.—Os amo, os amo y os digo: Teresa, alma mia, ¿quereis ser mi mujer?

Ella no se atrevía á creer en tanta felicidad

y, sin embargo, esto era la realización^e de su sueño.

Todo lo decía, su aptitud inclinada, sus^l lágrimas, su corazón cuyos latidos levantaban su corpiño, sus brazos que temblaban entre los del joven.

—Qué, ¿vòs consentiriais?—murmuró.

—¿Es necesario que os lo suplique de rodillas?

Un grupo de turistas bajaba la escalera y se aproximaba á ellos.

Eran ciudadanos de la alegre Inglaterra.

El de más edad hizo oír sonidos guturales y dijo en buen inglés:

—Es completamente sorprendente, ¿no es verdad, Kate?

—Completamente extraordinario, Paddy.

Dicho esto, Paddy sacó un excelente martillo de su bolsillo, rompió un pedazo de la roca que tenía á su lado, y dijo á su compañera:

—Llevaremos este recuerdo de nuestra excursión, Katte, para enseñárselo á mistress Simmer, que no ha querido acompañarnos.

Guardó en el bolsillo el martillo y el pedazo de roca, y añadió:

—Escribiréis en esta piedra Katte: «Cascada de Trümmelbach...» ¿Digo bien? «Trümmelbach. ¡Es admirable verdaderamente!

—¡Completamente admirable, Paddy! ¡Tenéis razón!

El marqués reía.

Teresa, ganada por el buen humor del marqués, reía y lloraba á la vez.

—¿Y nosotros—preguntó el joven—no lle-

varemos también un recuerdo de la cascada de Trümmelbach?

Teresa bajó los ojos, y se echó á llorar con más fuerza.

—¡Tened cuidado!—dijo el marqués.—Si os deshacéis en lágrimas, ¡vais á hacer desbordar el torrente!

Mostraba con la mano el arroyo que marchaba serpenteando al través del estrecho valle, por debajo de la cascada de Trümmelbach, y que visto desde aquellas alturas, parecía un hilo de plata en una pradera color de esmeralda.

La alegría de la joven era tan grande que estuvo á punto de desmayarse.

—¡Ah! ¡Esta es demasiada dicha!—balbució.

—¿Me amáis, pues?

Teresa repitió con voz ahogada lo que él la decía minutos antes:

—¿Es que se puede no amaros?

El marqués la cogió en sus brazos, la estrechó contra su pecho.

Cuando la pequeña comitiva, con el guía á la cabeza, se incorporó á la duquesa y Fernanda, el marqués de Sauves y Teresa, radiantes de alegría, tenían cara de conspiradores.

Al primer golpe de vista comprendió la duquesa que la explosión prevista desde hacía tiempo, acababa de producirse, y que la visita hecha á la cascada de Trümmelbach no había sido más que el pretexto.

Comprendió, además, que los dos conjurados se habían prometido el secreto por delicadeza.

Era preciso dejar al alma enferma de la señorita de Corbiere tiempo para curarse y tranquilizarse, antes de darla el espectáculo de la alegría de los demás.

A pesar de los esfuerzos de Teresa, el resplandor de felicidad que se escapaba de sus ojos, había hecho comprender todo á la señora de Reville.

Tal vez fuera la joven á hacerla su confesión, cuando fué distraída la atención de los expedicionarios por uno de esos pequeños acontecimientos que no son, después de todo, más que incidentes de viaje.

En frente del hotel, del otro lado del río que divide el valle de Lanterbrunnen, un turista vestido de una manera chocante, con una blusa de terciopelo gris tirando á amarillo, un calzón del mismo género y color, abrochado por debajo de la rodilla, con medias negras, un ancho sombrero á lo Rubens, caído hacia un lado, se sentaba en una silla de tijera que una joven había colocado delante de un caballo y de una caja de pinturas.

Aquella joven, vestida también de una manera caprichosa, medio de aldeana, medio de señorita, parecía desempeñar el papel de paje de aquel turista á quien se hubiera podido creer desprendido de un cuadro de Van Dyck.

—Esperad,—exclamó el marqués.—Me parece conocer aquel tipo.

Dirigió su lente hacia el sitio en donde estaban el hombre y la joven, y volviéndose hacia las tres mujeres dijo.

—Pero si es nuestro pintor, mi querida Fernanda.

—En efecto.

—¿Krug?—preguntó Teresa.

—¡Vuestro profesor... sí!

—¿Y su hija es quien le acompaña?

—Sin duda alguna. El pobre embadurnador viaja como un potentado.

—¡Oh, embadurnador!—dijo Teresa en tono de reproche.

—¿Queréis que le llame Rafael, El Corregio, Miguel-Angel? No tenéis más que hablar. Para mí es perfectamente igual.

Era Krug en efecto; pero Krug portador de un bolsillo suficientemente repleto, no millonario seguramente, pero con bastantes monedas de cinco francos para permitirse hacer una excursión por su país natal, pasear su hija para que tomara el aire puro de las montañas y devolverla las fuerzas, completando así la obra del excelente doctor Villiers.

Fué un encuentro feliz.

La duquesa de Reville y su elegante caravana atravesaron la pradera, franquearon el arroyo por un puentecito de madera, y fueron á buscar al artista, que comenzaba á trazar aquel paisaje riente y grandioso que se extendía delante de él.

Y tuvieron lugar esas preguntas sin fin y esos abrazos que los amigos y aun simples conocidos, cambian cuando se encuentran fuera de sus fronteras.

—¿Cómo por aquí? ¿Qué hacéis aquí?

Mediaron las explicaciones.

Krug estaba en Suiza á causa de su hija. Tenía parientes en Lucerna y los alrededores de Interlaken: tíos, tías, primos.

Por el momento estaba en casa de una tía, en Sandberg, y á tres kilómetros de allí, una propietaria, no rica, como toda la familia Krug, pero que no hubiera cambiado su chalet, sus prados, las tres ó cuatro tierrecitas y la docena de vacas que poseía por las Tullerías y la dotación del Presidente de la República.

El debía volver de allí á dos días cerca de Lucerna á Winkel, en la orilla del lago, en donde tenía un hermano, labrador codicioso que le habia acogido muy bien desde que se habla un poco de él. Antes le trataba como á un réprobo; pero Krug no le quería mal.

—Venid á vernos; es un pequeño paseo, y yo diré á mi hermano: «Aquí tienes á quienes debo todo...» ¡Se os recibirá bien! ¿Por qué no?

La invitación era tan cordial, que no habia medio de rehusarla.

El marqués consultó con una mirada á la duquesa y sobre todo á la señorita de Corbiere.

—Corriente—dijo.—Dentro de tres días.

Contó por los dedos.

—¡El Jueves! ¿Queréis?

—Bueno.

—Nos daréis una satisfacción—dijo Krug.—De Lucerna á Winkel no hay más que media hora en barco ó en coche, y el país es hermoso; ya veréis.

— ¡Convenido!

Krug recogió sus útiles de pintor, y cuando el carruaje emprendió la marcha, estaba á la portezuela; estrechó las manos tendidas hacia él, y dijo muy alegre.

—Hasta muy pronto... hasta el jueves. Os esperaremos á las doce para almorzar.

— ¡Sí, sí, hasta muy pronto!